

JOSE LUIS MARTIN DESCALZO

Madrid 21 diciembre 78



Querido Miguel: ¡Una enhorabuena gorda, gorda! Ayer me llegó tu señor Cayo y, aunque tenía muchísimo trabajo, comencé a hojearlo a las cuatro de la tarde -pensando leerlo en otra tarde menos agitada- pero no supe soltarlo de la mano. ¡Qué conmovedor, qué profundo libro has escrito!

Ayer escribí una nota sobre él para DEIA -el periódico de Bilbao que hace un grupo de amigos míos y en el que escribo unas notas cortas de tema literario- y te adjunto una copia. Otra nota breve saldrá el domingo en ABC.

En ambas digo -con mucha más brevedad de la que merecería- lo que pienso del libro. Me ha interesado enormemente el tema, el tratamiento, los personajes, el lenguaje. En cuanto al tema creo que has dado en la clave de interpretación del momento que vivimos. Cuando uno lee tantos libros de pseudo-historia, pseudopolítica como están de moda, es cuando percibe cómo tú con la más sencilla de las parábolas has llegado mucho más en profundidad a describir el cruce de las dos Españas -una que muere y otra que nos imponen- que estamos atravesando. Me ha encantado luego la sencillez del planteamiento. Has bordeado todas las trampas -hacer folklore, mitificar al hombre de pueblo, melodramatizar el contraste- sin caer en ninguna. Y es la sencillez de elementos lo que lo hace tan verdadero. Me encantan luego los personajes, tan tuyos como siempre, tan verdaderos. Y el lenguaje, o mejor: los lenguajes. El de la gente de pueblo que tantas veces ~~xxxx~~ has elaborado y la incorporación del lenguaje de los jóvenes que resulta casi tan verdadero como el del viejo.

A todas estas alegrías se suma la de verte de nuevo con fuerza creadora y con ganas de hacerlo.

Para que no digas que todo son elogios te diré que no me entusiasma el título: Eso de "el disputado voto" no me llena, sobre todo el adjetivo. Pero eso es un gusto muy personal mío.

Bueno, te repito la enhorabuena. Y las gracias por el estupendo relato que me has dado leyéndote y aún más por lo que me has iluminado el momento que vivimos.

¿Dónde pasarás las navidades? Yo espero estar en Valladolid la última semana del año. ¿Podríamos vernos? Me encantaría. Te llamaré y a ver si hay suerte.

Bueno, un abrazo gordó

P.D. Habrás visto que José Angel Rodero está colaborando con nosotros en Blanco y Negro. Y muy bien. Hubo suerte, ya que justo en ese momento tenía vacía la plaza de colaborador de cine. Creo que le servirá como tribuna.

DEIA Bilbao

## LA SABIDURIA DEL SEÑOR CAYO

«Sabemos verdaderamente qué país es éste en que vivimos y cuales son los tiempos en que nos ha tocado bregar? Me temo cada día más que una de las características sustanciales del hombre contemporáneo sea su capacidad de ceguera, ese don horrible de obsesionarse con todo lo que no es importante mientras pasa de lado junto a lo esencial.

Estos pensamientos han surgido en mi cabeza cuando acabo de cerrar uno de esos libros milagrosos que habría que señalar con piedra blanca. Es la última novela de Miguel Delibes y se titula "El disputado voto del señor Cayo". Comencé a hojearla medio en juego hace cuatro horas y no he sido capaz de detenerme un momento en su lectura. Y ahora me siento golpeado, sacudido, aturdido como los boxeadores alcanzados en plena carótida.

Es, me parece, la mas seria meditación, el más agudo diagnóstico que conozco sobre las horas que todo nuestro país está atravesando.

«El tema? Tan elemental como todos los de Delibes: un grupo de militantes de un partido político recorre los pueblos a la caza de votos, tratando de mostrar a los pueblerinos castellanos que son ellos quienes les traerán la redención. En un pueblo abandonado, donde ya sólo quedan dos viejos hablan con uno de ellos y descubren que no tienen nada que dar a este hombre que es infinitamente más rico, más culto, más profundo, más conocedor de la vida verdadera que ellos.

Todo ocurre en el cortísimo plazo de pocas horas, pero el endiablado poder de síntesis de Miguel Delibes tiene suficiente con tan leves elementos para sacudirnos el alma. Ese Señor Cayo -que nunca habla más de veinte palabras seguidas y que es todo lo contrario de un filósofo- conoce las verdades esenciales, pisa plenamente en el mundo, posee esa cultura viva que los hombres de ciudad hemos perdido.

Por eso ni sufre por no tener televisión ni se plantea la posibilidad de tener algo tan rigurosamente necesario; por eso no se siente solo ni incomunicado; por eso no considera una injusticia seguir trabajando a los 83 años y casi se encabrita cuando alguien le habla de librarle de aquello que tanto le llena; por eso cuando alguien se maravilla de que no conociera la muerte de Franco hasta veinte días después de producirse

LA SABIDURIA DEL SEÑOR GAYO

«Sabemos verdaderamente que para este en que vivimos y cuales son los tiempos en que nos ha tocado preser? Me temo cada día que una de las características esenciales del hombre contemporáneo sea su capacidad de ceguera, ese don horrible de obsesionarse con todo lo que no es importante mientras pasa de lado junto a lo esencial.

Estos pensamientos han surgido en mi cabeza cuando acabo de cerrar uno de esos libros míseros que habría que señalar con piedra blanca. Es la última novela de Miguel Delibes y se titula "El disputado voto del señor Gayo". Comencé a hojearla medio en juego hace cuatro horas y no he sido capaz de detenerme un momento en su lectura. Y ahora me siento gol-pado, sacudido, aturdido como los boxeadores alcanzados en plena caróni-da.

Es, me parece, la más seria meditación, el más agudo diagnóstico que conozco sobre las horas que todo nuestro país está atravesando.

«El tema? Tan elemental como todos los de Delibes: un grupo de mili-tantes de un partido político recorre los pueblos a la casa de votos, tra-tando de mostrar a los pueblerinos castellanos que son ellos quienes los traerán la redención. En un pueblo abandonado, donde ya sólo quedan dos viejos habían con uno de ellos y descubren que no tienen nada que dar a este hombre que es infinitamente más rico, más culto, más profundo, más conocedor de la vida verdadera que ellos.

Todo ocurre en el cortísimo plazo de pocas horas, pero el engañado poder de síntesis de Miguel Delibes tiene suficiente con tan leve elemen-to para sacudarnos el alma. Ese Señor Gayo -que nunca había más de veinte palabras seguidas y que es todo lo contrario de un filósofo- conoce las verdades esenciales, las plenamente en el mundo, posee esa cultura viva que los hombres de ciudad hemos perdido.

Por eso ni quiere por no tener televisión ni se plantea la posibilidad de tener algo tan rigurosamente necesario; por eso no se siente solo ni incomunicado; por eso no considera una injusticia seguir trabajando a los 85 años y casi se encapricha cuando alguien le habla de literatura de aquello que tanto le llena; por eso cuando alguien se maravilla de que lo conozcamos la muerte de Franco hasta veinte días después de producirse

se limita a contestar: "¿Y qué prisa corría? Mire, para decir verdad, a mi ese señor me cogía un poco a trasmano." Por eso no cree que las cosas vayan a cambiar y piensa que los nuevos políticos "son amos o van para ello!" Y cuando alguien le habla de redimir a los pobres, contesta escandalizado: "¡Pero yo no soy pobre!" Y no lo es. Realmente lo único que necesita es "que pare de llover y apriete la calor". Y eso no se lo va a dar ningún político.

Regresan los "redentores" desarbolados a la capital, preguntándose quié es el culto y quién el inculto, quién ha de salvar a quien. Y desarbolado concluyo también yo mi lectura, preguntándome si todo lo que nos ha dado la civilización compensa eso de no saber ya para qué sirve la flor del saúco, cómo hace su reclamo el cuclillo o cual es el nombre exacto de los árboles que escoltan la carretera. J.L. MARTIN DESCALZO.

MD

es limita a contestar: "¿Y qué pinta corria? Mire, para decir verdad, a mi  
ese señor me cogió un poco a tremar." Por eso no crea que las cosas van  
van a cambiar y piense que los nuevos políticos "son unos o van para ellos".  
Y cuando alguien le habla de redimir a los pobres, contesta escandalizado:  
"¡Pero yo no soy pobre!" Y no lo es. Realmente lo único que necesita es  
"que pare de llover y apriete la calor". Y eso no se lo va a dar ningún  
político.

Regresen los "redentores" desahogados a la capital, preguntándose  
quién es el culpado y quién el inocente, quién ha de salvar a quien. Y desah-  
bolado concluye también yo mi lectura, preguntándose si todo lo que nos  
ha dado la civilización comienza así de no saber ya para qué sirve la flor  
del saúco, cómo hace su reclamo el cuclillo o cuál es el nombre exacto de  
los árboles que escoltan la carretera. J. J. MARTÍN DE GALARZA.

